

Notas sobre el desarrollo del ecologismo político

Manuel Arias Maldonado | Catedrático de Ciencia Política, Universidad de Málaga

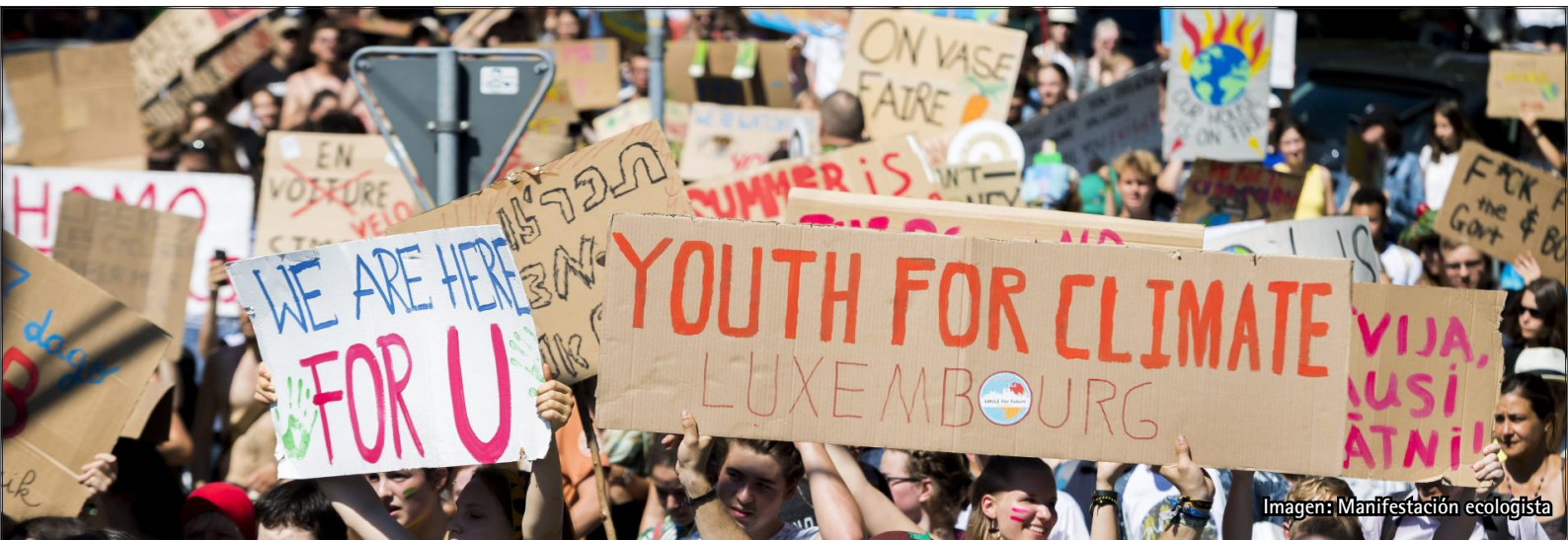


Imagen: Manifestación ecologista

Resumen

Entre las cosmovisiones ideológicas llamadas a jugar un papel clave en las próximas décadas se cuenta, sin género de dudas, el ecologismo. Y ello no solo por la peligrosidad del cambio climático y demás fenómenos del Antropoceno, que requieren de una respuesta política y social a la altura de las circunstancias; también porque algunos de sus valores —cuidado de la naturaleza, protección del mundo animal, recelo ante el cambio tecnológico— han permeado el cuerpo social. En este breve trabajo, se pasa revista a la evolución del ecologismo político desde finales de la década de los años 60 hasta ahora, subrayándose el contraste existente entre una imagen pública fuertemente asociada al catastrofismo moralizante y una realidad doctrinal mucho más sofisticada.

Introducción

«Si no se cortan de raíz las tendencias que se observan en la actualidad, el derrumbamiento de la sociedad y la destrucción irreversible de los sistemas de mantenimiento de la vida en este planeta serán inevitables, posiblemente a finales de este siglo y con toda seguridad antes de que desaparezca la generación de nuestros hijos».

Una advertencia de esta clase es, hoy en día, bastante común. Sin embargo, pertenece a un panfleto publicado en 1972, titulado *Manifiesto por la supervivencia*, que aparece primero en la revista *The Ecologist* y luego llega a vender —ya en forma de librito— hasta 750.000 ejemplares en los Estados Unidos. También de estos años son el Informe al Club de Roma sobre los límites del crecimiento, así como *The Population*

Bomb de Paul Ehrlich, un *best-seller* en su tiempo. En 1973, o sea un año después, estallaría la crisis del petróleo, dando en apariencia validez al vaticinio, que empezaba a olvidarse en la conciencia pública cuando, en 1986, sucedió Chernóbil apenas meses después de publicarse *Risikogesellschaft*, conocido libro de Ulrich Beck donde se llamaba la atención contra los riesgos derivados del desarrollo técnico de las sociedades occidentales.

Y pensemos, ahora, en Greta Thunberg y el movimiento climático. O en la organización *Extinction Rebellion*, que llegó a colapsar el servicio de metro londinense en hora punta para denunciar la inacción de los gobiernos mundiales en la lucha contra el calentamiento global. O pensemos, también, en el auge de la ideología decrecentista —abolición del capitalismo y dramática reducción de la escala del cuerpo social— que para la mayor parte del ecologismo político y buena parte de la izquierda es la única salida para una crisis ecológica de alcance planetario.

O sea: cualquiera pensaría que el ecologismo no ha cambiado en este medio siglo. Y no es exactamente así.

El ecologismo político es una ideología o doctrina que postula la necesidad y deseabilidad de transformar las relaciones sionaturales con el fin de proteger el mundo no humano y hacer sostenibles las sociedades humanas. Tal como puede comprobarse, sus principios son a la vez claros y genéricos: existen distintas maneras de especificarlos. De ahí deriva la natural *diversidad* del ecologismo, que puede adjetivarse de distintas formas: radical o clásico, liberal, reformista, feminista. Al fin y al cabo, una sociedad puede ser sostenible de distintas maneras. Y son pocos los ciudadanos que hoy rechazarían de plano la idea de que cualquier sociedad debe preocuparse por su sostenibilidad.

De manera que su éxito en las últimas cinco décadas es indudable, aunque la mayoría de sus practicantes y teorizadores crean lo contrario. Sienten que el ecologismo, entendido como una ideología radical y emancipadora, ha sido asimilada por el sistema y, en consecuencia, ha fracasado. Recordemos aquella frase memorable del sociólogo Frederick Buell: del apocalipsis a la forma de vida. Sea o no el caso, la diseminación de los principios del ecologismo — aunque sea en la versión más moderada de eso que

puede llamarse medioambientalismo— ya sugiere con claridad que es necesario tomárselo en serio. Junto al feminismo, es la ideología más destacada de la modernidad tardía.

Crisis ecológica y democracia

¿De dónde viene el ecologismo? Su origen remoto está en la reacción romántica a la modernidad industrial; su versión contemporánea nace en el seno de los llamados «nuevos movimientos sociales» que aparecen a finales de los años 60 en unas democracias occidentales, que experimentaban un fuerte crecimiento económico y disfrutaban del dividendo demográfico posterior a la II Guerra Mundial. Pero si la naturaleza se ha situado hoy en el centro de la cultura contemporánea, lo ha hecho en los términos fijados entonces: como un negativo del fin de la historia anunciado por las epifanías liberales. Su premisa es tan sencilla como tajante: la humanidad padece una *crisis ecológica global* que, por razones de supervivencia y de moralidad, exige una urgente transformación de las relaciones sionaturales. No hay margen para la negociación; el tiempo se acaba; no solo arriesgamos la integridad del mundo natural, sino nuestra la supervivencia de la especie. Somos así una generación que se asoma al abismo, compelida a tomar una decisión moral que conduzca a la transformación completa del orden social. Hace cuarenta años, sólo algunos visionarios afirmaban tal cosa; hoy, parece un lugar común.

La razón de que así sea no es otra que la aparición del cambio climático de origen antropogénico, que ha venido a cuestionar el relato dominante en los años 90, según el cual el desarrollo sostenible de las sociedades humanas podía alcanzarse mediante un proceso gradual de modernización ecológica. Desde que la revista *Der Spiegel* emplease la fórmula *Klima-Katastrophe* por primera vez en abril de 1986, la imagen de un planeta perturbado climáticamente se ha extendido a toda velocidad, reemplazando la amenaza nuclear como nuestro apocalipsis más familiar. Se confirma con ello, a ojos del ecologismo, una vieja intuición: la de que el ser humano se alejó del mundo natural en algún momento de la accidentada historia de su especie y, alienándose sin remedio, ha provocado una crisis de valores que desemboca en una crisis ecológica sin precedentes. Es un planteamiento

inteligente, que debe mucho a la Teoría Crítica de estirpe francfortiana: si el riesgo de colapso planetario es el resultado final de una civilización enferma, el remedio no puede ser superficial. Hay que ir hasta el fondo; cambiarlo todo. El sujeto ideal de las utopías ecologistas no queda lejos de aquel «hombre nuevo» con el que fantaseaba el marxismo.

¿Y cómo hacer tal cosa? Los pensadores ecologistas han apuntado hacia la utopía de una sociedad sostenible donde los seres humanos viven de manera autárquica en comunión con el mundo natural y en armonía social; la década de los 80 fue fértil en esta clase de figuraciones, que ahora regresan con matices apenas distintos de la mano del decrecentismo. En ningún momento se aclaró de qué manera podían realizarse estas visiones utópicas, asumiéndose implícitamente que un cambio cultural de dimensiones colosales acabarían por traerlas consigo. Irónicamente, no pocos de quienes hoy las defienden apuestan por su implantación *después* del colapso ecológico que dan por inevitable; este pensamiento post-apocalíptico viene a considerar que la utopía verde se realizará en un mundo de ruinas. De forma más descarnada y sin embargo realista, los pensadores eco-autoritarios de los años 70 —Hardin, Heilbroner, Ophuls, Goldsmith— apostaron por la implantación de un Leviatán verde de corte autoritario: la democracia había de ser suspendida temporalmente, hasta que la sociedad occidental sea sostenible de nuevo, reemplazándose por un mandarinato ecológico de expertos. Claro que tampoco se aclaraba quién pondría en marcha ese mandarinato; igual que los decrecentistas de ahora mismo no nos explican cómo se llevarán sus tesis a la práctica.

No obstante, el eco-autoritarismo hizo visible una tensión inherente al ecologismo radical, que en eso no se diferencia de otras ideologías maximalistas de corte antiliberal. Y si el objetivo de la sociedad sostenible se concibe como la única oportunidad para la supervivencia de la especie, la urgencia se ve reforzada: cualquier medio es legítimo ante un fin semejante. De ahí que los ecologistas fuesen celebrados por Lester Milbrath como «la vanguardia para una sociedad nueva». Pero si bien la mayor parte de los teóricos verdes han abjurado de cualquier tentación ecoautoritaria, existe una tensión irremediable entre ecologismo y democracia, o, si se quiere, entre

el ecologismo radical y la libertad individual. Eso explica que el ecoautoritarismo dibujase un horizonte teórico en el pasado y que haya vuelto a hacerlo con la irrupción del cambio climático: si la democracia no *garantiza* resultados verdes, ¿para qué queremos la democracia? **El catastrofismo desemboca en excepcionalismo.** Aunque, naturalmente, sería más preciso afirmar que **la democracia no garantiza el tipo de resultados que demanda el ecologismo radical; máxime cuando estos últimos parecen exigir la supresión —o cuando menos una fuerte restricción— del pluralismo social.**

La evolución de la teoría política medioambiental

En puridad, la teoría política medioambiental — denominación sobre la que solo estos últimos años se ha alcanzado el necesario consenso dentro del mundo



Imagen: Activista ambiental

académico dedicado al estudio de las relaciones sionaturales desde el punto de vista político—no se constituye como tal hasta que la literatura no alcanza un grado suficiente de articulación teórica y autoconciencia. Su evolución puede resumirse fácilmente: frente a una situación medioambiental crítica, surge un movimiento inicialmente reactivo, que paulatinamente procede a una articulación teórica primero independiente y después abierta al diálogo con el resto de teorías políticas. De manera que es posible discernir un *desarrollo* del pensamiento político verde; una trayectoria que no siempre se ha reflejado en las manifestaciones públicas del movimiento, hasta el punto de que el apego del movimiento verde a sus tesis fundacionales acaso sea hoy su principal rémora. Podría así decirse que **el discurso ordinario acerca del medio ambiente se ha convertido en un discurso de excepción, apegado a la premisa de la crisis ecológica y la necesidad de una transformación radical. Ahora que la llamada «transición ecológica» se ha puesto en marcha, quedando a la vista sus costes y limitaciones, el principio de la realidad empieza sin embargo a imponerse.**

Podemos distinguir, de manera resumida, las siguientes **etapas en la evolución de la teoría política medioambiental.**

(i) *Génesis y desarrollo del ecologismo fundacional.* La percepción de un conjunto de problemas medioambientales globales, complejos y con un alto grado de interdependencia, produce desde mediados de la década de los sesenta una literatura de crisis, preocupada sobre todo por llamar la atención sobre la gravedad de la situación y dedicada a arbitrar una serie de soluciones para la misma, inevitablemente imbuidas de idéntico sentido de urgencia. La novedad que esta literatura supone respecto de precedentes obras sobre el medio ambiente es la consideración de estos problemas como *estructurales* antes que contingentes; la crisis ecológica trasciende el ámbito medioambiental para convertirse en *manifestación* de una crisis más amplia. La importancia de estos primeros trabajos radica en su capacidad para establecer la crisis ecológica como asunto a debatir, no tanto en sí misma, cuanto en su calidad de expresión de contradicciones y fracturas culturales y sociales más amplias. Son los años de la *Primavera silenciosa* de Rachel Carson, de *La bomba demográfica* de Paul Ehrlich, del ya citado

Manifiesto para la supervivencia. Expresión de un fracaso cultural, el colapso medioambiental apunta a la democracia liberal y el capitalismo de mercado como causa mayor de su surgimiento, además de obstáculo para su resolución, no sólo en términos de su funcionamiento práctico sino igualmente por razón de los valores que lo sostienen. La adjetivación de la situación como crítica viene a suspender las prevenciones y garantías habituales en beneficio de las *únicas* soluciones que permiten su superación: la democracia es así preterida en favor de una eficacia de ribetes tecnocráticos y ascendencia cientifista. Es difícil subestimar la importancia que esta fase tiene en la formación de la identidad del movimiento verde.

(ii) *Consolidación y desarrollo del pensamiento ecologista.* La siguiente fase de la literatura es un desarrollo de las bases dispuestas en la primera. La teoría política medioambiental empieza a desplegarse como tal, tomando conciencia de su razón de ser y creciendo en paralelo a una filosofía verde que no siempre le proporciona los fundamentos adecuados. Puede decirse que esta segunda fase empieza como una *conversación* interna y se abre después al exterior, explorándose las distintas posibilidades que este nuevo gran tema —la aplicación de lo político a la resolución de la crisis ecológica— ofrece a los interesados en él. Socialismo y marxismo señalan que el ecologismo no tiene en cuenta el modo en que la crisis ecológica expresa unas relaciones sociales marcadas por la alienación y la desigualdad socioeconómica, esto es, los males inherentes al capitalismo; a su vez, la propia tradición marxista-socialista cuestiona sus planteamientos y principios a la luz de los elementos de juicio proporcionados por la crítica verde. El anarquismo y el libertarismo ejercen también su influencia en la conformación del enfoque político verde: ecología social, ecología profunda y biorregionalismo son expresiones de esta tendencia. También va a producirse una aproximación entre ecologismo y feminismo, que toma como base la asociación histórica y simbólica de mujer y naturaleza. En definitiva, la tradición política occidental procede a la *recepción* de los principios verdes. Y paralelamente, la difusión pública de la noción de desarrollo sostenible, a partir del informe a Naciones Unidas de la Comisión Brundtland para el Medio Ambiente, da lugar a un debate en torno al concepto y sus implicaciones, que introduce a su vez la problemática de la justicia distributiva, tanto

intrageneracional como intergeneracional, referida a las futuras generaciones.

(iii) *La conformación de la teoría política verde.* El rechazo de la democracia liberal va dejando paso gradualmente a la aceptación de los principios democráticos; en paralelo, una teoría política mediambiental digna de tal nombre empieza a cobrar forma a finales de la década de los noventa. La obra fundacional es el *Pensamiento político verde* de Andrew Dobson, que propone concebir el ecologismo como un pensamiento radical opuesto a todo compromiso o negociación con el liberalismo imperante y sin embargo está enraizado en el utopismo naturalista, que depende de la ecología como ciencia y de la ética medioambiental como base filosófica de una teoría política que parece privar a la política de cualquier autonomía. Otros, como Bryan Norton, persiguen la «convergencia normativa» entre todos los interesados por hacer sostenible la sociedad, defendiendo en consecuencia que los verdes deben esforzarse por obtener resultados prácticos al margen de que la *justificación* de las políticas medioambientales sea ecocéntrica (centrada en la protección del mundo natural) o antropocéntrica (centrada en los intereses del ser humano). También en estos años se consolidan subdisciplinas tales como el estudio de las relaciones

humano-animales y aparecen enfoques tan relevantes como el análisis del origen cultural de nuestra visión de la naturaleza, que, de consuno con la sociología medioambiental, cuestiona la visión ahistórica e idealizada de la naturaleza característica del primer ecologismo.

(iv) *La revuelta contra el ecologismo fundacional.* A partir de la segunda mitad de la década de los noventa, los presupuestos de la teoría política medioambiental son internamente evaluados y sometidos a crítica: la teoría interroga a la ideología. Conceptos tradicionales de la teoría política —democracia, justicia, ciudadanía— pasan a ser objeto de atención de los pensadores verdes. Y se produce, de hecho, un acercamiento al liberalismo; el optimismo de aquella década, marcada por la consolidación del orden liberal tras el colapso soviético, se dejaba sentir. A la ordenación interna de la teoría política verde seguiría así su expansión exterior por medio del diálogo con otras tradiciones teóricas y el examen de conceptos clásicos de la teoría política. En buena medida, tal reconstrucción es producto de la *sospecha* acerca de la potencial esterilidad del ecologismo fundacional. La concepción verde de la naturaleza, su relación con la estructura normativa del ecologismo, las distintas asunciones acerca de la sostenibilidad y la



Imagen: Conferencia Federal de Delegados Hamburgo 2014 (Asambleas Federales de Bündnis 90/Die Grünen)

democracia, los diseños políticos llamados a articular la sociedad sostenible, los vínculos del ecologismo con la ciencia, su utopismo subyacente, el rechazo sistemático de la modernidad o de la democracia liberal: aspectos del ecologismo político que ahora son cuestionados y reformulados. Incluso llegó a hablarse de la *muerte* del ecologismo, causada por el fracaso de sus viejas políticas y por la nueva configuración —más híbrida, más multicultural, más posmoderna— de los movimientos sociales verdes. Neil Carter hizo un resumen impecable:

«A medida que el medio ambiente se ha convertido en un asunto *mainstream*, el centro de gravedad de la política verde ha pasado del rechazo *radical* de la sociedad contemporánea y una atención relativamente estrecha sobre los asuntos ecológicos, a una aceptación *reformista* de la democracia liberal-capitalista que va a compañada de una agenda *más amplia* de justicia social».

Ni que decir tiene que para no pocos teóricos, entre ellos los provenientes de la tradición marxista, este giro es interpretado como una capitulación que abre el camino para eso que el sociólogo alemán Ingolfur Blühdorn llama «política de la simulación». De hecho, **hay razones para pensar que la llegada del cambio climático y la designación del Antropoceno como nuevo periodo de las relaciones sionaturales está frustrando ese incipiente moderantismo.**

Del calentamiento global al Antropoceno

El cambio climático de origen antropogénico ha proporcionado nuevo ímpetu al viejo ecologismo radical dando un nuevo sentido a su filosofía: en lugar de salvar a la naturaleza de la humanidad, es la humanidad la que debe ser salvada de la naturaleza. Más que alcanzar la sostenibilidad, se trata de asegurar la habitabilidad del planeta: ese que hemos transformado con ahínco desde hace milenios y con especial intensidad desde el advenimiento de la sociedad industrial, hasta el punto de que algunos geólogos creen que hemos entrado en una nueva época geológica y muchos científicos naturales tienen claro que el estado del sistema terrestre está cambiando de

manera impredecible. ¡Bienvenidos al Antropoceno!

Sucede que el cambio climático no es el único impacto significativo de origen antropogénico identificado a lo largo de las últimas décadas. La lista es larga: extinción acelerada de especies, aparición de especies invasoras en hábitats que no les son propios, acidificación de los océanos, destrucción de ecosistemas, multiplicación de residuos, urbanización creciente, aumento de la población humana, creación de infraestructuras, empleo de fertilizantes y demás facilitadores artificiales de la producción alimentaria, alteraciones en el ciclo hídrico. A la suma de estos impactos se le ha dado el nombre de Antropoceno o «época humana», para así designar el hecho de que el *anthropos* ha pasado a ser un poderoso agente de cambio medioambiental. Hay geólogos para los que este impacto antropogénico sería ya identificable en el registro fósil, de tal manera que habríamos de declarar terminado el Holoceno e iniciado el Antropoceno. Y si bien la Comisión Internacional de Estratigrafía todavía no se ha pronunciado oficialmente al respecto, lo que aquí interesa subrayar es que el cambio en el estado del sistema terrestre no es neutral para la especie humana que de manera inconsciente —el matiz es relevante desde el punto de vista moral— lo habría venido provocando. **Frente a la relativa estabilidad del Holoceno, que ha suministrado a la humanidad unas condiciones apropiadas para su florecimiento, el Antropoceno es una incógnita que amenaza con entorpecer la habitabilidad del planeta si las peores posibilidades que laten en el mismo no son neutralizadas a tiempo.**

Ya se ha dicho que en la últimas dos décadas se había consolidado una brecha oficiosa dentro del ecologismo político, separando a aquellos que pugnan por reorientar a la teoría política medioambiental y al propio movimiento verde en una nueva dirección de los que no ven alternativa a la lucha contra el «sistema» liberal-capitalista. Basta un ejemplo para entender de lo que hablamos: los pragmáticos defienden la energía nuclear como medio para asegurar el suministro de energía para una humanidad que no puede renunciar —también por razones de justicia— al crecimiento económico, mientras los ideólogos sostienen que la tecnología no puede solucionar los problemas que la tecnología —las tecnologías industriales— ha creado. Para estos últimos, sólo vale el cambio cultural: el

hombre nuevo. Pero ellos mismos afirman que no hay tiempo que perder; la transformación radical de la sociedad debe ser inmediata o nos quedaremos sin sociedad. Tal vez podamos simplemente describir este **conflicto** como uno **que enfrenta a quienes apuestan por sacudir los fundamentos del ecologismo fundacional, sin predeterminedar el resultado de semejante reorientación, contra aquellos —son mayoría— que defienden la naturaleza radical del ecologismo y rehúsan abrazar cualquier forma de pragmatismo.**

En nuestros días, esta oposición se sustancia en la distinción entre *decrecimiento* y *ecomodernismo* como respuestas antagónicas al cambio climático y el Antropoceno. Veamos.

Bebiendo de la crítica francesa del crecimiento y sus imaginarios, **el decrecimiento postula una reducción equitativa y sostenible de la producción social.** O sea: una restricción de la cantidad de materiales y energía que son extraídos, procesados, transportados, distribuidos, consumidos y desechados por el ser humano. Para lograrlo, ha de reducirse el tamaño de las sociedades y sus economías; la producción, el comercio, el consumo y el transporte deben restringirse de manera considerable. Según parece, de ahí resultará una vida más local y menos móvil, así como más igualitaria y sostenible, sin dejar por

ello de ser democrática. El imaginario decrecentista recuerda el tipo de sociedad sostenible defendida por los ecologistas radicales durante los años 70 y 80. Salta a la vista que su implantación exige un masivo cambio cultural, capaz de hacer atractivas una forma de vida mucho más sencilla que la actual. El objetivo es que los individuos adopten una «simplicidad voluntaria» y abracen un estilo de vida más satisfactorio. **Los decrecentistas sostienen que han de generarse nuevas formas de riqueza: más tiempo libre, más creatividad, menos alienación. Y es que no se trata de tener más, sino de tener mejor.** De acuerdo con la resultona fórmula de John Barry: «bajo carbono y alta calidad de vida». Aquí el énfasis no recae en el confort material que hace posible el autodesarrollo libre de la personalidad, como defienden de distintas maneras las tradiciones liberal y socialdemócrata, sino en el florecimiento humano. Será en el interior de una sociedad que renuncia al crecimiento donde se produzca la verdadera emancipación de un ser humano cuya «auténtica» naturaleza reside en un consumo limitado: el decrecimiento propone a la vez una vida plena y un planeta viable. De qué manera haya de llegarse a ese destino final, nada se nos dice; hay pensadores como Andreas Malm que apuestan por el sabotaje anticapitalista, no sabemos si creyendo de verdad que eso llevará a alguna parte. Otros, como el difunto Bruno Latour, creen encontrar en el mundo contemporáneo las condiciones para el surgimiento



Imagen: Antropoceno, WWF

de una nueva «clase ecológica» que cumpla la función que históricamente correspondió al proletariado. Pero ni siquiera en el supuesto de que se acepte *teóricamente* un paternalismo estatal que imponga a los ciudadanos una forma de vida suficientista que conduzca a una sociedad decrecentista logra atisbarse en la *práctica* nada parecido.

Del otro lado, está la **alternativa ecomodernista**. Su **propuesta consiste en adaptar las sociedades contemporáneas al imperativo ecológico sin por ello renunciar a los mejores valores de la modernidad occidental**. La premisa es que la reorganización de las relaciones sionaturales puede alcanzarse por medios distintos a los que propone el decrecimiento. O sea: una relación sionatural más reflexiva y sofisticada a nivel planetario puede alcanzarse *sin* predeterminar el modo en que se haya de alcanzar ese objetivo *ni* abrazar los fundamentos normativos o las aspiraciones prácticas del decrecimiento (ni, por tanto, los del ecologismo radical). De hecho, el ecomodernismo rechaza que el decrecimiento constituya una respuesta efectiva al calentamiento global y demás desequilibrios planetarios. Para los ecomodernistas, **se trata de intensificar las actividades humanas a fin de hacerlas más eficientes y así menos dependientes de la explotación de los recursos naturales**. Su premisa es que la sostenibilidad solo puede alcanzarse una vez que las sociedades humanas han alcanzado un cierto grado de desarrollo; la pobreza no es sostenible y rara vez es democrática. Desde un punto de vista genealógico, el ecomodernismo representa la evolución natural de una rama heterodoxa del ecologismo que estuvo asociada a la teoría y las políticas de la «modernización ecológica» que se pone en marcha en los años 80. Pero el ecomodernismo va más lejos, al incorporar un enfoque transformador que reconoce la necesidad de asegurar la sostenibilidad medioambiental y defender que estamos moralmente obligados a limitar la instrumentalización del mundo no humano. De ahí que **el imaginario social que propone el ecomodernismo remita a una versión mejorada y refinada de la sociedad liberal contemporánea**, suerte de futurismo logrado que evita los problemas de justicia global asociados al decrecimiento **extendiendo al mundo entero la promesa de un mundo rico y sostenible gracias a la aplicación del ingenio humano**.

En la práctica, **los gobiernos están más cerca del ecomodernismo que del decrecentismo, como atestiguan los ambiciosos planes de reforma social incluidos en los diseños de la transición ecológica: no se busca pasar del coche a la bicicleta, sino de que conduzcamos coches eléctricos para mitigar el cambio climático**. Si no media un colapso ecológico, el ecologismo radical y el decrecentismo ejercerán su influencia en la cultura, dando acaso lugar a iniciativas locales de tinte comunitarista, sin representar en ningún momento una alternativa macrosocial al liberal-capitalismo. Y ello, entre otras cosas, porque media humanidad todavía aspira a disfrutar del confort material que las sociedades occidentales —más o menos desigualmente— alcanzaron hace décadas.

Conclusión

Aunque pueda discutirse si constituye una ideología en sentido fuerte, no cabe duda de que el ecologismo político ha cobrado protagonismo en el nuevo siglo, marcado este como está por el calentamiento global y demás manifestaciones del Antropoceno. De ahí que sea aconsejable conocer mejor al ecologismo, cosa que puede hacerse estudiando la evolución de eso que ha venido a denominarse *teoría política medioambiental* después de una larga indecisión terminológica por parte de sus practicantes. En este breve trabajo se ha tratado de dar cuenta de ese desarrollo, que arranca con la configuración de un ecologismo fundacional que debe mucho al espíritu contestatario de los años 60 y prosigue con una normalización teórica que culmina en la autocrítica, vale decir en el cuestionamiento de la utilidad del radicalismo antiliberal como medio para alcanzar la sostenibilidad de las sociedades humanas. Para otros, no se trata solamente de un problema de adecuación entre medios y fines: la sociedad liberal-democrática merecería ser protegida de sus enemigos, aun cuando su transformación ecológica sea reconocida ya hoy como un imperativo al margen de las ideologías. No obstante, el cambio climático ha propiciado la recuperación del catastrofismo por parte del ecologismo contemporáneo, lo que en el plano teórico se expresa en la adopción del decrecentismo como nueva utopía de la sostenibilidad. Su contrapunto doctrinal es el ecomodernismo, que defiende que la

modernidad liberal tiene herramientas para asegurar la habitabilidad planetaria sin por ello abandonar a las sociedades más desventajadas ni renunciar a ideales como la autonomía individual o el autogobierno democrático.

Para saber más

Asafu-Adjaye, J. et al. (2015). *An Ecomodernist Manifesto*. Disponible en: <http://www.ecomodernism.org/>

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

Carter, N. (2007). *The Politics of the Environment*, 2ª edición. Cambridge: Cambridge University Press.

De Geus, M. (1999). *Ecological Utopias. Envisioning the Sustainable Society*. Utrecht: International Books.

Dobson, A. (1990). *Green Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.

Dryzek, J. y Pickering, J. (2019). *The Politics of the*

Anthropocene. Oxford: Oxford University Press.

Ellis, E. (2018). *Anthropocene. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.

Gabrielson, T. et al. (2016). *The Oxford Handbook of Environmental Political Theory*. Oxford: Oxford University Press.

Kallis, G. (2019). *Limits: Why Malthus Was Wrong and Why Environmentalists Should Care*. Stanford: Stanford University Press.

Nordhaus, T. y Shellenberger, M. (2007). *Break Through. From the Death of Environmentalism to the Politics of Possibility*. Boston: Houghton Mifflin.

Symons, J. (2019). *Ecomodernism: Technology, Politics, and the Climate Crisis*. Cambridge: Polity Press.

Vindel, J. (2020). *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis ecosocial*. Barcelona: Arcadia.

Wissenburg, M. (1998). *Green Liberalism. The free and the green society*. London: UCL Press.

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com

www.clubtocqueville.com

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.